

tó lo que le admiraba el ardor del Drayhy por aquella coalicion contra los Wahabi, y dijo que no podia creer en tan gran desinterés, y que precisamente debia tener motivos secretos ó miras personales.

No podeis estrañar, añadió, que no me comprometa con vosotros sin saber con qué fin; ponedme en vuestra confianza, y os ayudaré con todo mi poder. Respondimosle que no teniamos por costumbre admitir en nuestros secretos á aquellos de cuya amistad no estábamos seguros; que si queria firmar nuestro tratado, nada tendriamos oculto para él. Pidió entónces que le dejáramos enterarse del testo del empeño, y despues de haber oido leer diferentes artículos, de que pareció muy contento, nos aseguro que le habian presentado las cosas bajo un aspecto muy distinto, y nos contó las calumnias que Absi habia propalado contra nosotros: acabó por estampar un sello al pié del tratado, y luego nos instó para que le declarásemos el fin a que aspiráramos. Jeque Ibrahim le dijo que nuestro intento era abrir un paso, desde las costas de Siria hasta las fronteras de las Indias, á un ejército de cien mil hombres al mando de un poderoso conquistador que queria libertar á los beduinos del yugo de los turcos, volverles la soberanía sobre todo su territorio y abrirles los tesoros de la India; aseguróle que este proyecto no ofrecia ningun in-

conveniente y sí muchísimas ventajas, y que su logro dependia de la union de las fuerzas y de la armonía de las voluntades: prometióle que se pagarían á muy subido precio los camellos para el trasporte de los bagages de aquel inmenso ejército, y le hizo entrever otras mil ventajas á cual mas lisongeras.

Entró Saker completamente en nuestras miras; pero todavia fué preciso explicarle que el Wahabi (1) podia contrariar nuestros planes, pues su fanatismo religioso debia necesariamente oponerse al paso de un ejército cristiano, y su espíritu de dominacion, que ya le hacia dueño del Yemen, de la Meca y de Medina, debia estender sus pretensiones hasta la Siria, donde no podian los turcos oponerle ninguna resistencia formal: que por otra parte, una gran potencia marítima, enemiga de aquel á quien queriamos favorecer, haria infaliblemente alianza con él, y enviaria fuerzas por mar para cortarnos el camino del desierto. Al cabo de muchas contestaciones, en las que Saker manifestó tanta sensatez como sagacidad, cedió enteramente á nuestros argumentos, y prometió usar de todo su influjo sobre las otras tribus. Acordóse que él seria el gefe de los beduinos del pais en que estábamos, como el Drayhy lo era de los de Siria y Mesopotamia, y se obligó á reunir bajo sus órdenes las diversas tri-

(1) Asi se suele designar á Ebn Siohud, rey de los Wahaby.

bus, en el término de un año, mientras nosotros proseguíamos nuestro camino, y prometió que á nuestro regreso, todo estaria allanado. Separámonos, encantados unos de otros, despues de haber colmado de regalos á su hijo y puesto en libertad á los otros prisioneros: él por su parte nos envió nuestros cuarenta ginetes. Al dia siguiente, Saker nos escribió que Mohdiy Douackrh y no se oponian ya á nuestros proyectos y que salian para ir á conferenciar con Bargiass, á tres horas de allí: efectivamente levantaron el campo y lo mismo hicimos nosotros, porque la aglomeracion de tan gran número de hombres y de rebaños habia cubierto la tierra de inmundicias y hecho intolerable nuestra residencia en aquel sitio.

Fuimos á acamparnos á seis horas de distancia en Maytal el Ebbed, donde estuvimos ocho dias y donde fué á vernos Saker; acordóse que él solo se encargaria de reunir á los beduinos de aquellas comarcas, mientras que nosotros nos volveriamos á Siria, por miedo de que abandonando por demasiado tiempo nuestra primera conquista se aprovecharan nuestros enemigos de nuestra ausencia para embrollar nuestros asuntos y separar á algunas tribus de nuestra alianza.

Ademas, la primavera estaba ya adelantada, y debiamos darnos prisa á llegar, por miedo de que ocupasen otros los pastos de la Siria y de la Mesopotamia; por tanto dejamos para el año siguiente

el proyecto de llevar adelante nuestro reconocimiento hasta las fronteras de la India. Para aquella época, ya habria tenido tiempo Saker para preparar los ánimos á nuestro favor, porque, decia, "por una rama se arranca un árbol."

En pocos dias de marcha llegamos á Mesopotamia; dos empleamos en atravesar el Eufrates, junto á Mansouri, y en salir del desierto llamado El Hamad. Acampámonos en un sitio donde no hay agua potable, y que se llama Halib el Dow, porque no se apaga en él la sed mas que con leche.

De allí pasamos á El Sarha, sitio muy abundante de agua y pastos, y donde esperábamos desquitarnos de nuestras privaciones; pero una circunstancia particular nos hizo tomarle pronto ojeriza. El terreno en aquel sitio está cubierto de una yerba llamada *el khraffour*, que los camellos devoran con ansia y que tiene la propiedad de emborracharlos, á punto de enloquecerlos; entonces corren á derecha é izquierda, rompiendo cuanto topan al paso, derribando las tiendas y persiguiendo á los hombres.

Por espacio de cuarenta y ocho horas, nadie pudo cerrar los ojos: los beduinos estaban constantemente ocupados en calmar el furor de los camellos y en sujetarlos. Una verdadera guerra me hubiera parecido preferible á aquella lucha continua, con unos animales cuya prodigiosa fuerza, ecsaltada por

el delirio, presentaba peligros incalculables; pero parece que el triunfo de la destreza sobre la fuerza tiene grandes encantos para estos hijos de la naturaleza, porque cuando fuí a ver al Drayhy para lastimarme con él de aquella revolucion de nueva especie, se rió de mis palabras, y me aseguró que aquella era una de las mayores diversiones de los beduinos. Mientras estábamos hablando, un camello de los mas corpulentos se vino derecho a nosotros, con la cabeza erguida y levantando una nube de polvo; entonces el Drayhy, cogiendo una de las estacas de su tienda, aguardó al furioso animal y le descargó un recio trancazo en el cráneo, con lo que se rompió la estaca y se volvió el camello para ir a llevar a otra parte sus estragos. Suscitóse entonces una disputa sobre quién era mas fuerte, el camello ó el jeque: este sostenia que si la estaca hubiera resistido, hubiera abierto la cabeza a su adversario, y los asistentes proclamaban la superioridad del animal que habia roto el obstáculo que se le oponia. Yo por mi parte decidí que ambos eran igualmente fuertes, pues ninguno habia vencido: este fallo puso de buen humor a todo el auditorio.

Al dia siguiente levantamos el campamento. Llegónos en el camino un mensajero de Saker, que venia a darnos cuenta del malogro de su negociacion cerca de Bargiass. Absi, el buhonero, goza-

ba de toda su prvanza y le animaba mas y mas contra nosotros; habíale decidido a buscar à Mehana y a reunirse con los wahabi, que debian enviar un ejército para destruirnos. El Drayhy respondió que no habia que alborotarse, que Dios era mas fuerte que ellos, y sabia muy bien hacer triunfar al que tuviese razon. Despues de este incidente continuamos nuestro camino.

Poco despues supimos que la tribu el Calfa estaba acampada en Zuelma. El Drayhy juzgaba importante asegurarnos de la cooperacion de aquella poderosa y valiente tribu: su jeque Giassem era un antiguo amigo del Drayhy; pero no sabia leer ni escribir, y era por lo tanto muy peligroso dirigirle una carta, que le seria leida por un turco, lo que podria perjudicar esencialmente a nuestros asuntos, como nos lo habia enseñado a nuestras espensas el ejemplo del amanuense Absi. Yo fuí tambien entonces el encargado de ir a verle, y para ello salí con una escolta de seis hombres, todos montados en dromedarios. Al cabo de dos dias llegamos al sitio designado; pero vimos con gran disgusto que ya la tribu habia levantado el campo, y no pudimos hallar indicio del camino que habia tomado. Pasamos la noche sin comer ni beber, y al dia siguiente deliberamos sobre lo que debiamos hacer; lo mas urgente era ir a buscar agua, porque, como todos saben, la sed es todavia mas intolerable que el hambre, y era regular que hallásemos las fuen-

tes de la tribu. Tres días enteros rondamos sin hallar agua ni alimento; yo tenia la boca tan seca que ya no podia mover la lengua, ni articular ningun sonido; ya habia agotado todos los medios de engañar la sed, metiéndome guijarros y balas de plomo en la boca; la cara se me habia puesto negra y las fuerzas me abandonaban. De pronto mis compañeros esclaman: ¡Gioub-el-Ghamin! (1) y echan á correr.

Estos hombres, avezados á la fatiga, soportan las privaciones con una constancia inconcebible, y distaba mucho del miserable estado á que yo me veia reducido. Viéndolos correr, la irritacion de mis nervios, escitados por el estremado cansacio, me hizo desesperar de llegar hasta el pozo donde se me figuraba que no dejarian ni una gota de agua para mí, y me tiré al suelo llorando. Viéndome en aquel estado se volvieron atras y me animaron á hacer un esfuerzo para seguirlos. Cuando llegamos junto al pozo uno de ellos, apoyándose en el brocal, desenvainó su sable diciendo que cortaria la cabeza al que osase acercarse.

Dejaos gobernar por mi esperiencia, añadió, ó perecereis. Su tono de autoridad nos impuso respeto y obedecimos en silencio: fueros llamando uno á uno, y nos hizo vencernos á la orilla del po-

(1) Nombre de un pozo conooid en el desierto.

zo para aspirar primeramente la humedad; luego cogió una pequena cantidad de agua y nos la arrimó á los labios con los dedos, empezando por mí; poco á poco nos permitió beber media taza, luego una taza entera; así nos fué poniendo á racion por espacio de tres horas y al fin nos dijo:

“Bebed ahora, pues nada arriesgais en ello; pero si no me hubierais escuchado, todos hubierais perecido, como les sucede á cuantos beben sin tasa despues de una larga privacion.”

Pasamos la noche en aquel sitio, bebiendo continuamente, tanto para suplir el alimento como para apagar la sed, y cuanto mas bebiamos, mas gana teniamos de beber. Al dia siguiente subimos a lo alto de un cerro para descubrir mas horizonte. pero ¡ah! ningun objeto se presentaba a nuestra vista en aquel inmenso desierto. Al fin sin embargo, uno de los beduinos creyó ver un bulto a lo lejos, y declaró que era un handag, cubierto de paño escarlata y llevado por un camello muy alto. Sus compañeros nada veian; pero como no teniamos otro indicio mejor que seguir, nos dirigimos hacia el lado que indicaba, y en efecto, poco despues vimos una gran tribu y reconocimos el handag que nos habia servido de faro; afortunadamente era la tribu que buscábamos.

Giassem nos recibió muy bien y procuró hacernos olvidar nuestras fatigas. Cuando despaché

con él, dictó una carta para el Drayhy, en la que se obligaba à poner sus hombres y sus bienes à su disposicion, diciendo que la alianza entre ellos debia ser de las mas íntimas, à causa de su antigua amistad. Púseme en camino, provisto de aquel importante documento; pero al mismo tiempo muy inquieto con la noticia que me dió de la llegada de una princesa, hija del rey de Inglaterra, à Siria, donde desplegaba un lujo regio y habia sido recibida con toda pompa por los turcos: habia colmado de regalos magníficos à Mehanna-el-Fadel, y se habia hecho escoltar por él hasta Palmira, donde habia derramado sus larguezas con profusion y formándose un partido formidable entre los beduinos que le habian proclamado reina (1). Jeque Ibrahim, a quien comuniqué esta noticia, quedó aterrado, creyendo ver en aquel suceso una trama para echar por tierra nuestros proyectos.

El Drayhy, notando nuestra inquietud, nos serenó diciendo que se sembrarian talegos de oro desde Hama hasta las puertas de la India sin lograr desprender à ninguna tribu amiga de la solemne alianza pactada.

—“La palabra de un beduino es sagrada, añadió; proseguid vuestro proyecto, sin apuraros por nada. Yo por mí, ya he hecho mi plan de cam-

(1) Esta supuesta princesa no era ni mas ni ménos que lady Ester Stanhope.

“ paña: voy à partir para el Horan con el fin de vigilar los pasos de Ebn Sihoud; él solo es de temer para nosotros; luego volveré a acamparme en las cercanías de Homs.”

Jeque Ibrahim, que no tenia ya ni dinero ni mercancías, se decidió a enviarme inmediatamente a Corietain, de donde despacharia un mensajero a Alepo a cobrar un *grupo de talaris*. Partí muy alegre, encantado de volver a ver a mis amigos y de descansar algun tiempo entre ellos. El primer dia de mi viage no ocurrió novedad, pero al dia siguiente, à cosa de las cuatro de la tarde, en un sitio llamado Cankoum, caí en medio de una tribu que creia amiga, y que luego resultó ser la de Bargiass. Ya no era tiempo de retroceder, y así me dirigí hacia la tienda del jeque, precedido de mi negro Fodda; pero apénas echó pié à tierra, le mataron à mi vista y ví todos los sables levantados sobre mi cabeça. Tan sobrecogido quedé, que no sé lo que pasó en seguida; solo me acuerdo de haber gritado:

—“¡Teneos! reclamo la proteccion de la hija de Hedai,” y de haberme desmayado.

Cuando abrí los ojos estaba tendido en una tienda, rodeado de unas veinte mugeres que se esforzaban por hacerme volver en mí, dándome à respirar cerdas chamuscadas, vinagre y cebollas, miéntras que otras me inundaban de agua é introducian

manteca derretida en mis labios secos y apretados, apenas recobré el sentido, la muger de Bargiaiss me cogió la mano diciéndome: “Nada temais, Abdalla; estais en la tienda de la hija de Hedal; nadie tiene derecho para tocaros.”

Poco despues, habiéndose presentado Bargiaiss, à la entrada de la tienda, para hacer, decia, la paz conmigo: “Por la cabeza de mi padre, exclamó su muger, que no entrarás en mi tienda hasta que Abdalla esté del todo curado!”

Tres dias pasé en la tienda de Bargiaiss, asistido del modo mas afectuoso por su muger, que entre tanto estaba negociando mi reconciliacion con su marido. Guardábale yo tanto rencor por su brutalidad, que se me hacia muy duro perdonarle; al fin, sin embargo, consentí en olvidar lo pasado, à condicion de que firmaria el tratado con el Drayhy, abrazámonos y nos juramos fraternidad. Bargiaiss me dió un negro: “He sacrificado vuestro dinero, y os debo en cambio una alhaja,”—juego de palabras sobre los nombres de los negros,—Fodda, dinero, y Giauhar, alhaja: luego hizo disponer un festin para celebrar nuestra reconciliacion. En medio de la comida, llegó à todo escape un correo del Drayhy, trayendo à Bargiaiss una declaracion de guerra à muerte, llena de insultantes epítetos:

“¡Oh tú! traidor, que quebrantas la ley sagrada de los beduinos, le decia: ¡Oh tú! infame que asesinas à tus huéspedes; osmanlí de negro rostro,

“sábete que toda la sangre de tu tribu no bastará à redimir la de mi amado Abdalla. Prepárate à la pelea; mi corcel no probará el descanso hasta que no haya esterminado al último de tu raza.” Díme prisa à partir para evitar todo choque y tranquilizar à jeque Ibrahim y al Drayhy, quienes me recibieron con indecible alegría; apénas podian creer el testimonio de sus ojos; tan milagrosa les pareció mi presencia. Contéles todo lo que habia pasado.

Al dia siguiente me puse en camiuo para Corietain, donde me detuve veinte dias, aguardando la vuelta del mensagero que envié à Alepo. Gran necesidad tenia yo de descanso y de aquella ocasion de renovar mi vestimenta, que se me caia del cuerpo à pedazos; pero estuve à pique de detenerme allí mas de lo que hubiera querido, pues corrió la voz de que el ejército de los wahabi habia invadido el desierto de Damasco y talado varias aldeas, matando los hombres y à los niños hasta el último, y perdonando nada mas que las mugeres, pero despues de haberlas robado. El jeque de Corietain, incapaz de oponer la menor resistencia, hizo cerrar las puertas de la ciudad, prohibió salir de ella y aguardó temblando los resultados. Pronto supimos que habiendo atacado el enemigo à Palmira, los habitantes, retirados en el recinto del templo, se habian defendido denodadamente, y que los wahabi, no pudiendo reducirlos, se habian contentado

con matar á los camelleros y robar los ganados. De allí pasaron á saquear la aldea de Arack, y se estendieron por las cercanías. Mucho me atemorizaron estas siniestras nuevas por la suerte de mi mensajero, que llegó sin embargo sano y salvo, con el dinero de jeque Ibrahim; habíase refugiado algun tiempo en Sadding, cuyos vecinos, habiendo ya pagado una fuerte contribucion, nada tenían que temer por el momento. Aprovechéme de esta circunstancia, y quitándome mi traje de beduino, me vestí como un cristiano de Sadding, y pasé á aquella aldea, donde obtuve noticias del Drayhy, que estaba acampado en Ghaudat el Cham con la tribu Bargiass. Trasladéme á su lado lo mas pronto que pude y allí supe con sentimiento que se habia formado una temible coalicion entre Mehanna el Fadel y la tribu del pais Samarcanda: habian entablado relaciones con los gobernadores de Homs y de Hama, reuniéndose así turcos y beduinos contra nosotros. En aquella crítica situacion, acordéme de nuestro amigo el bajá Soliman, é insté á jeque Ibrahim á ir á Damasco á conferenciar con él. Inmediatamente nos pusimos en camino, y nos apeamos en casa de su primer ministro, Hagim, quien nos dijo el nombre de la supuesta princesa de Inglaterra y nos notificó que merced á la influencia y á los regalos de lady Stanhope, se habia formado Mehanna un poderoso partido entre los

turcos. Estos pormenores nos confirmaron en la idea de que la Inglaterra, noticiosa de nuestros proyectos, pagaba por una parte á los wahabi, miéntras que por otra procuraba reunir á los beduinos con los turcos por medio de lady Stanhope: apoyaba ademas nuestras congeturas que tuvimos en casa de M. Chabassan de un inglés que tomaba el nombre de jeque Ibrahim, y que procuraba sondearnos, aunque estábamos demasiado alerta para caer en el garlito. Habiendo obtenido de Soliman bajá lo que deseábamos, nos dimos prisa á volver á nuestra tribu.

El valor del Drayhy no flaqueaba, antes cada dia estaba mas animado. El *bouyourdi* que nos concedió Soliman Bajá mandaba á los gobernadores de Homs y de Hama que respetasen a su fiel amigo y querido hijo el Drayhy Ebn Challan, que debia ser obedecido como gefe supremo del desierto de Damasco, y decia que toda alianza contra él era opuesta a la voluntad de la Puerta. Provisto de este importante documento, nos adelantamos hácia Hama, y pocos dias despues, Jeque Ibrahim recibió una invitacion de lady Ester Stanhope para pasar a verla con su muger, madama Lascaris, que se habia quedado en Acre. Esta invitacion le contrariaba tanto mas cuanto hacia tres años que no habia dado noticias suyas a su muger, para que no supiese por donde andaba, ni su intimidad con los beduinos, y sin embargo era preciso contestar a lady